

LAS UNIVERSIDADES MEDIEVALES

Alberto Relancio
IES Viera y Clavijo
Los Realejos

PRIMERA PARTE

¿QUÉ ERA UNA UNIVERSIDAD EN LA EDAD MEDIA?

Las universidades fueron, sin duda, una aportación medieval original del Occidente Cristiano que con el tiempo se extendería como forma de educación superior por toda Europa y, más tarde, por todo el mundo. El nombre de “universidad” no se empezó a utilizar de forma usual hasta finales de la Edad Media, mientras que en los primeros tiempos se utilizaba la denominación usual de “studium generale”.

Un “studium generale” era una institución de educación superior fundada sobre, o confirmada por, una autoridad de carácter universal, como podía ser el papa o, con menos frecuencia, el emperador (también los monarcas o autoridades municipales en ciertos lugares, y, sobre todo, en los siglos XIV y XV; aunque, en muchos casos, luego se pusieran bajo la protección del papa), y cuyos miembros gozaban de un cierto número de derechos, de igual manera universales en su aplicación, esto es, que estaban más allá de las divisiones locales como ciudades, diócesis, estados. Estos derechos conciernen en primer lugar al estatus personal de los profesores y alumnos de la institución, en forma individual o colectiva, los



cuales estaban colocados bajo la inmediata salvaguardia de la autoridad suprema que había fundado, o ratificado, el *studium generale* o *universidad* (el papa, el emperador). En concreto, los universitarios tenían el derecho de gozar de los ingresos de los beneficios eclesiásticos sin tener que residir de hecho en ellos, así como estaban exentos de pagar impuestos o de tener que participar en el ejército.

Asimismo, los títulos concedidos en las universidades estaban garantizados por la autoridad fundadora y, por tanto, considerados como universalmente válidos, esto es, las licencias para enseñar (*licentiae docendi*) eran licencias *ubique docendi*, lo que autorizaba a su poseedor a enseñar en toda la Cristiandad (aunque luego, de hecho, no todas las licencias eran *universales*) y no, por ejemplo, en una diócesis particular, como las concedidas en *estudios* particulares por parte de un obispo o sus representantes. La posesión de los títulos de doctor o maestro era considerada un signo de la mayor competencia intelectual, independientemente de la universidad que los hubiera otorgado, y que abría las puertas, en cualquier lugar, a oficios u honores reservados a los poseedores de este alto rango.

En muchas ocasiones los *studia generalia* no recibieron su confirmación por parte del papa, en cuanto estatus oficial, sino mucho tiempo después de haber estado funcionando de hecho (y algunas, como Oxford, no lo recibirían nunca). En principio la noción de un *studium generale* en cuanto institución, y precisamente por ser una institución nueva, no estaba claramente definida en el marco del derecho medieval en oposición a otros tipos de escuelas —escuelas catedralicias o municipales, *studia* o escuelas de las órdenes mendicantes, escuelas privadas de leyes, etc.— En estas otras escuelas los profesores podían provenir de universidades, sus niveles de estudios o sus *curricula* ser muy similares a los universitarios, etc., pero lo que sí parece específico es que los miembros de estas otras escuelas respondían exclusivamente ante las autoridades locales, ya fueron civiles o religiosas, y sus estudiantes no se beneficiaban de los privilegios concedidos a las universidades, como títulos oficiales generales o válidos en cualquier parte.

Hubo en el siglo XIII algún caso híbrido de las llamadas cuasi-universidades. El más conocido, sin duda, fue la escuela de medicina de Salerno, en la que sus miembros tenían algunos de los privilegios de los que gozaban los universitarios; pero estas semi-universidades fueron casos contados y ya no se registran casos en el siglo siguiente.

El término *universitas* se utilizó a partir del siglo XII en el sentido jurídico de corporación o comunidad —un gremio, una hermandad— en un momento en que empezaron a proliferar todo tipo de corporaciones. De ahí que se hablara de *universitas scholarium* o *universitas magistrorum et scholarium*, es decir, de *universidad de estudiantes* o *universidad de maestros y estudiantes*, esto es, comunidades de maestros y estudiantes que se ocupaban de la educación superior en tal o cual ciudad. Estas corporaciones fueron poco a poco teniendo entidad jurídica y creando sus estatutos, y



forzando a sus miembros a obedecerlos, lo que no quita para que no hubiera controles por parte de las autoridades exteriores, religiosas o laicas.

Pero no todos los miembros de la comunidad universitaria gozaban por igual de los privilegios que conllevaba la independencia de la institución. En las universidades como París u Oxford, y las que siguieron este modelo, sólo los maestros eran realmente miembros de pleno derecho, que podían ejercer cargos, pertenecer a los consejos, etc., mientras que los simples estudiantes (de artes, como ahora diremos) o todos aquellos que gravitaban en torno a la universidad, como sirvientes de maestros o de alumnos pudientes, bedeles, escribas, libreros, etc., tan sólo se beneficiaban de la protección de la universidad, pero sin participar de forma activa en ella. No obstante, la jerarquía era menos acusada debido a que los estudiantes de las llamadas facultades superiores –las de derecho, medicina y teología– eran a su vez maestros de la facultad de artes, siendo también los alumnos de artes los más numerosos y más jóvenes, ejerciendo gran control sobre la universidad.

Había otras universidades donde la corporación universitaria estaba formada por los estudiantes, mientras que los profesores eran simplemente contratados mediante contratos anuales concertados con la universidad o con la propia *comuna*; estos, propiamente, no pertenecían a la universidad, por ejemplo en Bolonia y Padua, pero crearon enseguida su propia organización, “el colegio de doctores”, que estaba encargado de los exámenes y de la concesión de los títulos. En Bolonia o Padua no había, para hablar con precisión, una universidad sino varias: artes, medicina o derecho eran universidades independientes, y, aún dentro de derecho, había, según el origen de los estudiantes, una universidad “cismontana” y otra “ultramontana” (de estudiantes italianos o de fuera de Italia), que eran autónomas. Lo mismo ocurría con los “colegios doctorales” de los maestros, los cuales eran independientes agrupándose por especialidades. Si bien es cierto que a pesar de la separación de las universidades estas cooperaban estrechamente unas con otras.

En el sur de Francia, la Península Ibérica y el sur de Europa Central las universidades eran de un tipo mixto, en las que los estudiantes controlaban, de alguna forma, los cargos universitarios, como el de rector o los de los miembros del consejo, pero donde los colegios de doctores estaban integrados en la propia universidad. Aún así, como es natural, había excepciones que rompían la unidad de la universidad: en Montpellier las universidades de medicina y derecho permanecieron separadas, o en Praga (entre 1372 y 1415) la facultad de derecho se separó de las demás para formar una “universidad de derecho”, regida por un rector estudiante.

Pero si hablamos en términos generales, sin entrar en particularismos, habría que decir que las universidades europeas se subdividían en una serie de elementos que se remontan al origen de la propia institución y que, incluso, ya exis-



tían antes. Nos referimos en primer lugar a las *naciones*, es decir, a las divisiones de los estudiantes según su lugar de origen geográfico, las cuales existían en aquellas universidades que reclutaban a alumnos de muchos lugares distintos. Había, por ejemplo, unas veinte naciones en Bolonia, diez en Orleans, cuatro en París y también cuatro en otros muchos lugares, como en las principales universidades del Sacro Imperio Romano y de Europa del Este (Praga, Viena, Lovaina, etc.), y, asimismo, en Salamanca. El papel que jugaban estas naciones, su grado de estructuración, su autonomía y su influencia real dependen mucho de las universidades que se tomen en consideración.

Casi todas las universidades estaban también subdivididas en *facultades* distintas para los maestros y alumnos de una disciplina particular. Las facultades tradicionales eran la de artes (artes liberales), teología, derecho (que muchas veces estaba separada en facultad de derecho canónico y facultad de derecho civil) y facultad de medicina. En sitios como Bolonia, Padua o Montpellier, como decíamos, donde había universidades enteras para cada disciplina no tenía sentido la división en facultades. Pero en el resto de universidades las facultades eran fundamentales, y solían tener una amplia autonomía, con sus propios estatutos, su propio consejo, y, muchas veces, su decano.

A pesar de la vocación universalista de las universidades, de la que antes hablábamos, hay que reconocer que en muy pocas universidades se reclutaban estudiantes del conjunto de la Cristiandad (y cada vez menos, a medida que se incrementaron la universidades nacionales). Fuera de lugares como París, Bolonia o Padua, la mayoría de los estudiantes provenían de las regiones próximas (o como mucho eran de origen *nacional*, en el sentido en que se puede decir esto en esta época medieval), incluso en universidades reconocidas como Oxford, Salamanca o Praga, y, sobre todo, a partir del siglo XIV, en el que los estados nacientes y las propias universidades intentaron frenar la movilidad estudiantil, aunque no deja de ser cierto que, aún en términos más ideales que reales, la universidad siempre intentó mantener una vocación universalista y su área de influencia podía extenderse más allá de cualquier límite político o eclesiástico (país, diócesis, provincia). Los estudiantes medievales eran por definición forasteros; el viaje y la estancia en un lugar fuera de su pueblo o ciudad natal formaban parte de la formación del universitario, de ahí los privilegios de que gozaban los estudiantes universitarios relativos a la regulación de los precios de los alojamientos o de la comida, o los relativos al control de los abusos por parte de las autoridades locales.

En cuanto a los métodos de enseñanza, a pesar de los cambios de detalle que diferenciaban a unas universidades, o facultades, de otras, y de los cambios acaecidos a lo largo del tiempo, sí se podría hablar de una metodología similar en todos los casos, que podría llamarse *escolástica*. Estos métodos provenían de las



escuelas del siglo XII: las escuelas de lógica y teología de París por ejemplo, las escuelas de derecho de Bolonia o las de medicina de Salerno.

Dejando aparte el uso del latín como uso general y exclusivo de la enseñanza, había dos tipos de ejercicios básicos en todas las facultades, la “lección” y la disputa”. La primera consistía en una lectura, en la cual se iban comentando los textos oficiales que servían de base a cada disciplina, y que hacía que el estudiante dominara a las “autoridades” correspondientes. La segunda era un debate oral de acuerdo con las reglas de la silogística aristotélica, con constantes referencias a las “autoridades” en el curso del cual se establecían, defendían o rebatían tesis concretas (o “casos” jurídicos), para resolver o desarrollar, dentro de un cuerpo de doctrina coherente, problemas de todo tipo (filosóficos, teológicos, jurídicos, etc.) que surgían en el estudio y comparación de textos.

Este tipo de método conllevaba una serie de consecuencias:

1. Se daba un papel crucial y propedéutico a la gramática y a la dialéctica, si uno quería comprender cabalmente los textos y desarrollar razonamientos lógicos coherentes para acceder a la verdad.

2. Se dio una importancia básica a la escritura, en cuanto los libros eran la fuente de autoridad, tanto de los autores de referencia como de sus comentaristas o glosadores; pero, al mismo tiempo que esto era importante, luego lo aprendido se manifestaba en el lenguaje oral en las lecciones leídas en voz alta y, más aún, en las disputas.

3. La relación maestro-discípulo era muy estrecha y necesaria.

4. Se recurría como recurso indispensable a la memorización y repetición de textos, lo que exigía estudios de muy larga duración, que podía ir de los cuatro o cinco años para una facultad de artes, pasando por los doce o trece de ciertas facultades de derecho, hasta los quince o dieciséis años de la facultad de teología de París.

5. Esta forma de pedagogía ahogó cualquier intento por introducir otros métodos de estudio y enseñanza (experimentación, análisis filológico e histórico, etc.).

Aunque las universidades no tenían el monopolio de esta pedagogía “escolástica”, ya que ésta también se encuentra, aunque en forma simplificada, en las escuelas urbanas o en los *studia* de las órdenes mendicantes. No obstante, las universidades sí que innovaron en algo muy concreto y específico de su enseñanza: el ligar la enseñanza a los exámenes. El examen era considerado como la culminación normal de un programa de estudios, que daba derecho a obtener un título oficial.

Los exámenes eran básicamente orales y estaba sujetos a minuciosas especificaciones, y en ellos el estudiante debía demostrar sus conocimientos y que dominaba las técnicas y ejercicios que se le habían enseñado. El *baccalariatus*, o



título de *bachiller*, allá donde se concedía, implicaba llevar a cabo un “lectura” simplificada; la obtención de la *licentia* dependía de ganar una disputa; y un doctorado no era sino la solemne inauguración de un puesto de profesor *ordinario* o profesor *regente*.

PERIODOS EN EL DESARROLLO DE LAS UNIVERSIDADES MEDIEVALES

En términos generales se podría hablar de tres grandes periodos en el desarrollo de las universidades medievales, que a continuación describimos:

PRIMERA FASE: El nacimiento de las universidades: finales del siglo XII y siglo XIII

El acontecimiento crucial fue la creación de Bolonia y París, las más famosas hasta finales de la Edad Media, y que sirvieron de modelo, cada una con su peculiar organización, a las demás universidades.

La universidad de Bolonia, reivindicada como la más antigua de Europa —últimos años del siglo XII, hacia 1180— seguía una larga tradición de escuelas privadas de leyes que al menos se remontaba a la segunda mitad del siglo XI. Parece que su nacimiento está ligado a la temprana renovación de la vida urbana en la Italia del norte junto con el renacer del derecho escrito en un contexto de confrontación política entre el papado y el imperio.

La universidad de París, originada poco después de la de Bolonia, nació en otras circunstancias bastante diferentes. Su origen se remonta a escuelas previas que funcionaban en la ciudad desde finales del siglo XI. Por un lado estaban las escuelas eclesiásticas tradicionales, la principal de las cuales fue la escuela catedralicia de Notre-Dame, escuela, sobre todo, de teología, que estuvo regida en la segunda mitad del siglo XII por famosos maestros como Pedro Lombardo o Pedro Comestor, los cuales compusieron famosos manuales de teología que se estudiarían hasta finales de la Edad Media. Pero, por otro lado, estaban una serie de escuelas privadas abiertas por maestros independientes —aunque necesitaban una «licencia para enseñar» del canciller de Notre-Dame— desde el 1150, y en las que se impartía sobre todo dialéctica, pero también gramática, derecho y medicina. Estas escuelas proliferaron a finales del siglo y atraían estudiantes de lugares muy distintos, creando muchos problemas de alojamiento y de orden público, pero también institucionales (pugnas con el canciller y el obispo) e intelectuales (desarrollo de disciplinas lucrativas como el derecho o proliferación de traducciones de Aristóteles).



De esta situación, de este desarrollo incontrolado de escuelas, surgió hacia 1208-1210 la universidad de París, como un compromiso entre las distintas partes implicadas.

Otras universidades tempranas fueron, por ejemplo, la universidad de Medicina de Montpellier, fundada hacia el 1220 (algo que no llegó a ser Salerno), que estaba bajo la autoridad de la Iglesia y, por supuesto, Oxford, la cual sólo tendría como precedentes ciertos establecimientos eclesiásticos que en la ciudad existían, junto con escuelas en funcionamiento desde mediados del siglo XII; aparte de la importante influencia que tuvo de la universidad de París. Ya en 1200 había en Oxford una embrionaria organización universitaria, aunque hasta el 1214 no se conceden los primeros estatutos papales, complementados con cédulas reales (con sus instituciones de canciller, procuradores de las naciones, “congregaciones” de maestros, etc.), independizándose, por tanto, de las autoridades locales tanto civiles como eclesiásticas.

Las dos principales maneras de fundar una universidad en la Edad Media, aparte del ya visto de una sanción *a posteriori* de una institución ya constituida por sí sola, eran el llamado “enjambrodo” o bien el establecimiento de tal institución por la decisión de una autoridad eclesiástica o civil.

El enjambrodo consistía en que un grupo de maestros y estudiantes dejaban su universidad de origen, normalmente a causa de una disputa con las autoridades locales, estableciéndose en una nueva ciudad donde creaban una nueva universidad. Por regla general, estas migraciones de maestros y estudiantes, e incluso la creación de la universidad, era algo provisional, hasta que se resolvía la disputa que había provocado su marcha; lo normal era que al cabo de un tiempo, más o menos largo, volvieran a la universidad de origen. Pero en ocasiones esto no sucedía y el grupo de estudiantes y maestros se instalaba definitivamente en su nueva universidad, sobre todo si las condiciones resultaban ser favorables. El ejemplo eminente es aquí el de Cambridge. Un grupo de maestros y estudiantes de Oxford huyó de esta ciudad en 1209 y 1214 a raíz del arresto y ejecución de algunos estudiantes por orden del *mayor* y del rey, y fundó allí la nueva universidad.

Pero en el norte de Italia fue donde más se encuentran en esta época, la primera mitad del siglo XIII, migraciones de estudiantes entre ciudades-estado rivales, aunque en muchos casos como las fundaciones de Vicenza (1204), Arezzo (1215), Vercelli (1228), Siena (1246), ninguna de estas nuevas fundaciones universitarias subsistió largo tiempo. Sin embargo, una secesión de la universidad de Bolonia dio lugar a una universidad importante y duradera, la de Padua en 1222.

Otra forma de fundar una universidad en esta época provenía de decisiones directas de las autoridades civiles o eclesiásticas. Por ejemplo, la universidad de Nápoles fue fundada en 1224 por el Emperador Federico II para competir con la de Bolonia, y para preparar a los jueces y juristas que éste necesitaba en su admi-



nistración imperial. Es el caso también en Francia de la universidad de Toulouse (1229), que, en principio pretendió ser una universidad religiosa y proselitista para luchar contra las herejías del sur de Francia, como la de los cátaros, aunque luego siguió más por el camino jurídico. Y habría que citar también la universidad que el propio Papa Inocencio IV creó en la propia curia romana en 1245.

No obstante, fue, sin duda, en la Península Ibérica donde en el siglo XIII las autoridades políticas interfirieron más directamente en el desarrollo de las universidades. La primera universidad española, la de Palencia, fue creada en 1208 por Alfonso VIII de Castilla a partir de la escuela catedralicia de esta ciudad, y confirmada por una bula papal en 1220. Pero su existencia fue efímera, el *studium* donde se enseñaban artes liberales y teología dejó de existir hacia 1250. Pero entre tanto en el invierno de 1218-1219, Alfonso IX de León había fundado una universidad en Salamanca, la cual tuvo privilegios reales en 1254 ratificados por una bula papal en 1255 y reiterados en *Las Siete Partidas* de Alfonso X el Sabio en torno a 1260, lo que culminaba un verdadero *studium generale*, que aunque bajo control eclesiástico tenía todos los privilegios universitarios tradicionales, y que seguía un modelo mixto con elementos tomados de Bolonia y de París.

Otros casos de este tipo serían el de Valladolid o el de la universidad de Lisboa, fundada por Denis, rey de Portugal, y ciertos dignatarios eclesiásticos; ambos casos en la segunda mitad del siglo XIII. Hubo otros casos malogrados como el de Sevilla, fundada en 1254 por Alfonso X el Sabio y el de Alcalá de Henares, fundada por Sancho IV en 1293; pero no salieron adelante en esa época.

Antes de 1300 había dieciocho *studia generalia* de los cuales unos quince estaban funcionando activamente en esta fecha. Algunos de ellos habían atraído a miles de estudiantes de muy variado origen, y continuarían siendo las grandes universidades hasta el fin de la Edad Media: Bolonia, París, Montpellier, Oxford, Padua, Salamanca, Cambridge. Aunque en esta época las universidades eran pocas ya se habían convertido en instituciones importantes en la vida cultural europea, lugares centrales de producción y difusión de ideas, centros de poder intelectual donde se preparaban las elites eclesiásticas o civiles del momento.

SEGUNDA FASE: Las universidades en el siglo XIV hasta el inicio del Gran Cisma de Occidente (1378)

En esta segunda fase se da el reconocimiento definitivo a algunas universidades fundadas antes de 1300, como es el caso de Orleans, Angers o Valladolid, y se asiste a la fundación de diecinueve universidades nuevas: Lérida (1300), Avignon (1303), Roma (1303), Perugia (1308), Treviso (1318), Cahors (1332), Grenoble (1339), Pisa (1343), Praga (1347), Florencia (1349), Perpiñán (1350), Huesca



(1354), Arezzo (1355), Siena (1357), Pavía (1361), Cracovia (1364), Orange (1365), Viena (1365) y Pécs (1367). En funcionamiento parece que había en 1378 un total de veintiocho universidades.

Las características generales de estas nuevas universidades podrían ser las siguientes:

1. Fueron fundadas por iniciativa de las autoridades tanto eclesiásticas como civiles, cada vez más por estas últimas, aunque en los lugares sin tradición de escuelas previas estaban condenadas al fracaso.

2. Antes de 1347 sólo surgieron universidades con pocos alumnos y con poca influencia durante este siglo, salvo el caso de Praga.

3. La mayoría de estas universidades (quince de las diecinueve) estaban situadas en el sur de Europa y su facultad dominante era la de derecho.

4. Pero fuera de este área hubo un intento de establecer universidades en el Sacro Imperio Romano y en Europa Central que comenzó con la universidad de Praga. A la nobleza de estos lugares nos les favorecía que hubiera universidades regionales cercanas al alcance de los hijos de los campesinos o burgueses en ascensión, y ellos podían mandar a sus hijos a estudiar a Bolonia o a París; aún así el desarrollo económico y los sentimientos nacionales impulsaron nuevas universidades, pero, con todo, en este periodo sólo Praga pudo prosperar.

TERCERA FASE: Las universidades desde el 1378 hasta el final del siglo XV

Esta fase posterior a 1378, y que se extendería hasta finales del siglo siguiente, viene marcada en sus comienzos por el Gran Cisma de la Iglesia Católica. Este supuso el principio del fin de las pretensiones universalistas de la Iglesia a la par que el desarrollo de los movimientos nacionales, sobre un fondo arrastrado de guerras, plagas y depresión económica (la Guerra de los Cien años, la Peste Negra, y su consiguiente disminución de la población).

Sin embargo, en este contexto las universidades proliferan:

a) 7 se fundan o refundan entre 1378 y 1400; b) 18 o 20 entre 1400 y 1450; c) 22 entre 1451 y 1500. Se pasó de 28 (o 31) universidades operativas en 1378 a 31 (34) en 1400 y 63 (o 66) en 1500. Su distribución geográfica sería esta:

- 7 en la Península Ibérica (u 8 con Gerona)
- 8 en Francia
- 15 en Alemania (o 16 con Lovaina)
- 9 en los bordes europeos occidentales y orientales (Escocia, Escandinavia, Polonia y Hungría)
- 8 en Italia (re-fundaciones, salvo Ferrara, Turín y Catania)
- Ninguna en Inglaterra



Muchas de estas fundaciones fueron realizadas por príncipes o ciudades (aunque se necesitara una bula papal confirmatoria), que las dotaban de privilegios, medios y dinero, y, a cambio, obtenían prestigio y una fuente de clérigos, predicadores y juristas. La proliferación hizo que algunas universidades intentaran limitar la existencia de universidades próximas, aparte de que muy pocas desaparecieron en esta época, aunque en algunos casos *vegetaran*. Las que más éxito tuvieron fueron las del norte de Francia (Poitiers, Bourges, Caen), las de Lovaina y Cracovia, y las alemanas. Estas últimas crecieron mucho en el siglo XV y tuvieron el apoyo de la población local y de las autoridades civiles y eclesiásticas, que renovaron las enseñanzas y tuvieron maestros de prestigio.

El modelo de las universidades del Norte de Europa fue el de París, poseyendo, generalmente, las cuatro facultades (a diferencia de las universidades previas a la mitad del siglo XIV que solían tener una, dos o tres), siendo las más importantes la de artes y la de teología; aunque los maestros de artes no tenían tanta influencia como en París. Hay que recordar también que la facultad de teología había estado durante mucho tiempo, hasta 1360, sólo autorizada en París, en Oxford, en Cambridge y en Roma, y sólo después de esa fecha, a partir del Papa Urbano V, se permite la implantación de facultades de teología libremente, extendiéndose éstas por toda Europa (la teología era estudiada, por lo demás, en los *studia* de las órdenes mendicantes, que, en muchos casos, se integraron a partir de este momento en las facultades de teología de las universidades).

SEGUNDA PARTE

LAS FACULTADES DE ARTES

El Trivium

Dejando aparte las clasificaciones del conocimiento griegas, en el mundo romano las artes liberales eran algo propedéutico orientado a la instrucción en el derecho y a la vida pública propio de los hombre libres. Algo que heredaría la Edad Media y, sobre todo, figuras tan importantes como San Agustín, adaptándolo a los objetivos cristianos de dominar el significado de las Sagradas Escrituras.

Las artes liberales eran una agrupación ciertamente heterogénea de disciplinas con un fin preparatorio: las tres disciplinas *verbales* de la gramática, retórica y lógica, el *trivium* o triple camino, y las cuatro disciplinas del *quadrivium*, la cuádruple vía de las disciplinas matemáticas de la aritmética, la geometría, la astronomía y la música. Los cursos de artes de una universidad de mediados del siglo XIII ya no se correspondían, exclusivamente, con estas siete artes liberales,



pues había otros saberes que complementaban a estos, como podían ser la filosofía natural, la filosofía moral o la metafísica.

Hasta alrededor de 1230 el *trivium* era más estudiado que el *quadrivium*, y en sitios como París u Oxford la retórica se convirtió en una disciplina auxiliar de la gramática, y ésta, a su vez, estaba puesta al servicio de cuestiones lógicas, mientras que en lugares como en Bolonia o Padua la retórica era el arte dominante.

Hasta mediados del siglo XIV el hecho de que París, Oxford y Cambridge tuvieran facultades de teología hizo que las artes liberales se pusieran al servicio de ésta, y, asimismo, las artes tenían un gran acento filosófico, con la lógica como materia dominante y las tres filosofías complementando el *quadrivium*, si bien en París se prestaba más atención a la filosofía práctica y a la metafísica y en Oxford a la filosofía natural. En contraste, en el sur de Francia, Italia y España, el derecho era lo primordial y la medicina ocupaba un segundo lugar, y las artes liberales no tenían la misma función preparatoria, ya que estaban más orientadas a la práctica, pues la retórica era un auxiliar fundamental en leyes, y la filosofía natural un instrumento para la medicina.

Las facultades de artes de las universidades del sur, en lugares como Bolonia, Padua o Salamanca, nunca tuvieron tanta importancia como las de París u Oxford y al no tener aquéllas una facultad de teología, al menos hasta la segunda mitad del siglo XIV, evitaron choques doctrinales entre los teólogos y los estudiantes y maestros de filosofía natural o metafísica.

Al norte de los Alpes la tradición educativa europea había estado en la línea de subordinar los demás tipos de conocimientos a la teología en el contexto de escuelas monásticas o catedralicias, al menos hasta el siglo XI. Esto fue impulsado por la reforma carolingia a finales del siglo VIII y principios del IX, la cual trataba de instruir a una clase de clérigos en la lectura de la Biblia y de tener funcionarios para la corte del rey. Durante mucho tiempo las escuelas catedralicias, las escuelas de gramática particulares o los *studia* de las diferentes órdenes religiosas complementaron la instrucción de las nacientes, y no muy numerosas, universidades.

En Italia las tradiciones educativas fueron muy diferentes pues conservaban en parte el carácter laico y civil de la tradición romana, por esta razón aquí la retórica era básica para el derecho y la vida pública, y la enseñanza estaba en manos de escuelas urbanas y de maestros particulares de retórica, algo que se intensificó con el renacimiento de las ciudades a partir del siglo XI. Este ambiente no teológico también se podía encontrar, en menor medida, en las universidades españolas como Salamanca o Valladolid, a pesar de estar bajo autoridades religiosas, o en el sur de Francia, gracias a la prohibición de enseñar teología fuera de las tres universidades mencionadas.



Aparte de la tradición de las artes liberales heredado de la Antigüedad, hay que tener en cuenta las traducciones de obras científicas y filosóficas realizadas a partir del árabe o del griego que se producen desde mediados del siglo XI hasta el siglo XIII y que cambiaron el contenido de los conocimientos manejados hasta entonces, introduciendo otros nuevos. Esto afectó en mayor medida a las artes liberales y a la medicina, a la par que chocaba con las concepciones cristianas sobre la naturaleza del hombre y del mundo, y hacía que se tuviera que reinterpretar todo a la luz de las interpretaciones filosóficas, principalmente, las de Aristóteles y sus intérpretes árabes.

En una primera etapa la base cultural heredada de Roma se compendió en manuales y enciclopedias que a partir del siglo VI recogen lo poco que quedaba de la tradición de las artes liberales y de los poetas latinos, sobre todo retórica, y mucho menos de gramática y lógica; el derecho romano no ejercería influencia de hecho hasta el siglo XI. Y por lo que respecta a las *ciencias* del *quadrivium* por supuesto no existía nada de primera mano salvo los compendios y recopilaciones que ya se estilaban desde época helenística, al menos hasta que se tradujeron las obras de ciencia y filosofía griega a través, o junto a, las obras de ciencia y filosofía árabes.

LA GRAMÁTICA

Fue considerada como el estudio preliminar entre las artes, la cual proporcionaba el conocimiento de las formas del lenguaje del que dependían las otras artes de expresión. La gramática combinaba elementos tanto de la lógica como de la retórica, extendiéndose también a la literatura. Hasta el siglo XII los principales textos eran los de Donatus, el *Ars minor* y el *Ars major*, y las *Institutiones grammaticae* de Prisciano. La obra de Donatus había sido compuesta en el siglo IV y se utilizaría en las facultades de artes (e incluso su primera parte sobreviviría a la Edad Media) como un manual elemental sobre partes del discurso y sintaxis. La obra de Prisciano provenía del siglo VI, y había sido escrita en Constantinopla en una tradición de mayor riqueza cultural y era un texto más complejo que el de Donatus, y en él se podía encontrar todo un cúmulo de fuentes clásicas, especialmente Virgilio.

La orientación de Prisciano era fuertemente semántica, separando las partes del discurso de acuerdo con los significados, lo que ayudó a estimular un enfoque filosófico, o por lo menos lógico, de la gramática, que se empezó a desarrollar con fuerza en el siglo XI y, sobre todo, en el XII, en paralelo con un corriente que se puede llamar “nominalista” y que se interesaba por el significado de las palabras y, en particular, por las “sincategoremáticas”, aquellas que no tienen signifi-



cado por sí mismas. Esta tendencia entroncaría con el redescubrimiento de la “nueva lógica” de Aristóteles, esto es, las traducciones de los *Primeros* y los *Segundos Analíticos*, de los *Tópicos* y las *Refutaciones Sofísticas*, que sólo se podrían estudiar en el siglo XIII; en particular el estudio de los *Segundos Analíticos* junto con el *De Anima* y la *Metafísica* de Aristóteles llegó a producir un nuevo tipo de gramática, la gramática especulativa, desarrollada sobre todo en París entre 1270 y 1300, que consistía en la sistematización de los diferentes modos de significación, *modi significandi*, que podían recibir las palabras en una especie de gramática universal de las formas verbales (el estudio de las reglas universales que rigen la expresión verbal de todo pensamiento humano y las modalidades de significación de las ideas con las palabras), con mucha afinidad con la gramática nominalista.

LA LÓGICA

Las obras de lógica de Aristóteles se dividieron en la “vieja lógica”, las obras conocidas hasta el siglo XII, y la “nueva lógica”, las nuevas obras traducidas a partir de ese momento. Es cierto que Boecio había hecho una traducción de casi todas las obras de lógica de Aristóteles (aunque parece que, por ejemplo, los *Segundos Analíticos* se perdieron irremisiblemente), sin embargo, éstas no se llegaron a conocer antes del siglo XII.

La vieja lógica, o *Logica vetus*, abarcaba, pues, las siguientes obras:

- * *Las Categorías* y *Sobre la Interpretación* de Aristóteles
- * La traducción de Boecio de la *Introducción* –*Isagoge*– de Porfirio (el neoplatónico del siglo III) a las *Categorías* de Aristóteles
- * Los comentarios de Boecio a las *Categorías* de Aristóteles y a la *Isagoge* de Porfirio
- * Un comentario de Boecio a los *Tópicos* de Cicerón
- * Los tratados del propio Boecio sobre la división, los silogismos categóricos e hipotéticos y los tópicos

Esta última obra de Boecio sobre los *tópicos* fue importante por estimular un nuevo interés por el razonamiento dialéctico en los siglos XI y XII, y sólo en el siglo XIII fue desplazada por los *Tópicos* de Aristóteles. Y la famosa *Isagoge* de Porfirio fue la responsable de iniciar el debate sobre los universales –sobre si los géneros y las especies tenían una existencia separada o no, y cómo era ésta– en el comentario que hace Boecio de ella; discusión que atravesará toda la Edad Media y que llegará a su clímax en los siglos XI y XII.

La “nueva lógica”, o *Logica nova*, estaba constituida por las traducciones de Boecio de las obras lógicas de Aristóteles, perdidas durante mucho tiempo, y que sólo se empezaron a conocer alrededor de 1120. Esto es:



- * Los *Primeros Analíticos*
- * Los *Tópicos*
- * Las *Refutaciones Sofísticas*

A lo que habría que añadir la traducción de los *Segundos Analíticos* por Jacobo de Venecia (que también tradujo las *Refutaciones Sofísticas*) entre 1125 y 1150.

Jacobo de Venecia también tradujo en estas fechas la *Física*, parte de la *Metafísica*, el *De Anima* y algunos tratados biológicos menores, pero estas obras sólo comenzaron a tener realmente influencia en el siglo siguiente. Esto quiere decir que en la mayor parte del siglo XII (al menos hasta mediados de siglo) Aristóteles fue considerado como un lógico. Hasta este momento seguían siendo los filósofos básicos Platón, a través de la traducción parcial que había hecho Calcidio del *Timeo* –la primera parte de la obra– a finales del siglo III o principios del siglo IV, y Boecio, a través de su *Consolación de la Filosofía* y de sus obras teológicas y lógicas. Los estudios *artísticos* serían completamente trastocados cuando los escritos filosóficos de Aristóteles entren en las facultades universitarias de artes en el siglo XIII¹. La nueva lógica incorporará, entonces, algunos elementos estoicos y se ramificará en varias vertientes, entroncando con las tres filosofías y la teología.

LA RETÓRICA

La retórica fue la que menos cambios sufrió en esta época. No sufrió ningún desarrollo interno importante aparte de sus aplicaciones prácticas a la redacción de cartas, en el *ars dictaminis* y el *ars notaria*, sobre todo en Italia, y que en Bolonia tuvieron un gran desarrollo como saberes independientes, y en el siglo XIII a la predicación, el *ars predicandi*, siguiendo la línea de San Agustín, luego renovada por las órdenes mendicantes en los siglos XIII y XIV. Desde el comienzo estuvo dominada por Cicerón a través de su temprano *De inventione*, que hace hincapié sobre la argumentación forense, dándole un tono legal, y de forma indirecta por su *Ad Herennium*, a partir del siglo IX, que pone el énfasis en la ornamentación del estilo. Pero la retórica siempre estuvo subordinada o bien a la gramática o bien a la dialéctica, y no lograría.

Los principales componentes del *Trivium* estaban ya fijados a mediados del siglo XII, y así entraron en términos generales, con pocos cambios y añadidos, en el plan de estudios de la facultades de artes a principios del siglo XIII.

¹ Véase sobre las traducciones de Aristóteles, su introducción en la Universidad y los diferentes *aristotelismos*, la interesante conferencia de Luca Bianchi *La recepción de Aristóteles y los "aristotelismos" del siglo XIII*, en este mismo curso "Ciencia y cultura en la Baja Edad Media".



EL QUADRIVIUM

El currículum del *quadrivium* descendía directamente de la filosofía griega, continuado luego, en época romana, por Plinio y Varrón. Con la eliminación de la arquitectura y la medicina, las que habían sido nueve artes en Varrón se convirtieron en las siete artes liberales de la Edad Media. Fue Marciano Capella, a principios del siglo V, quien canonizó finalmente la división en siete, en su obra *Las bodas de Mercurio y Filología*. Los tres primeros libros de las *Etimologías* de San Isidoro de Sevilla (m. 636) tratan estas siete artes liberales, así como compilaciones similares de Rábano Mauro o Beda el Venerable. El *quadrivium* agrupaba, pues, la música, la aritmética, la geometría y la astronomía.

LA MÚSICA

En el periodo anterior al nacimiento de las universidades, la música, en virtud de su importancia para el culto cristiano ocupó un lugar de honor, era una especie de segunda ciencia matemática que servía tanto para la perfección del espíritu como para el servicio del Señor. Aunque, como es lógico, tenía su lado práctico, tanto vocal como instrumental, en el contexto de las escuelas predominaba la teoría, y en primera instancia la teoría del monocordio, con la que empezaban casi todas las obras importantes de música en la Edad Media.

A pesar de encontrarse más de cien textos medievales sobre el asunto, el fundamental fue el de Boecio, *De Institutione musica*. Esta obra, que sigue tradiciones antiguas (sobre todo pitagóricas), es una continuación de su obra *Arithmetica*, y se basa en ella sobre las proporciones aritméticas, geométricas y armónicas de los números 6, 8, 9 y 12; y catalogaba las longitudes numéricas más importantes con una terminología técnica y oscura. Los mayores progresos musicales medievales, aparte del desarrollo con el tiempo de una notación musical, se hicieron cuando su estudio estaba ligado con iglesias o catedrales. La ciudad universitaria por excelencia para la música fue París, aunque es cierto que en Salamanca existían graduaciones en música, con títulos específicos.

Cuando la música sobrevivió en el plan de estudios de alguna universidad, dentro del currículum de artes, siempre fue Boecio el núcleo de su enseñanza durante toda la Edad Media.



LA ARITMÉTICA

En el caso de la aritmética nos volvemos a encontrar con una obra de Boecio, *De institutione arithmetica*, como el manual fundamental del estudiante de artes para esta disciplina; aunque se utilizaba a Euclides como texto suplementario. También se usaban obras como la *Massa compoti* de Alejandro de Villedieu (sobre los principios subyacentes a la composición del calendario) y el *Algorismus* de Sacrobosco, el cual compendia toda una tradición que comenzaba en las traducciones españolas de al-Jwarizmi sobre aritmética y álgebra y en revisiones árabes posteriores, en las que se estudiaba, entre otras cosas, fracciones vulgares, el sistema de numerales indo-árabe o la aritmética sexagesimal utilizada en astronomía. Otras obras no eran sino resúmenes de la obra de Boecio o comentarios, que revelan lo complicado que eran para los estudiantes de esta época incluso las reglas de la adición, substracción, multiplicación o división.

Esta dificultad hizo que se desarrollaran juegos como el llamado *rithmomachia*, una especie de juego de damas con las piezas numeradas con enteros pares e impares seleccionados, y había, también, juegos para el *computus*, es decir, los cálculos del calendario, haciendo que los nudillos de las manos representaran letras y números (en música se utilizaba un juego similar).

LA GEOMETRÍA

En geometría los *Elementos* de Euclides eran el texto principal universalmente aceptado, lo cual no quiere decir que se estudiaran todos sus libros, lo que dependía de lo largo que fuera el plan de estudios de la facultad de artes correspondiente; pero en Oxford, cuyo plan era muy largo, sólo se requería oficialmente el estudio de los primeros libros. Los *Elementos* ya habían sido traducidos al latín por Adelardo de Bath a principios del siglo XII, y más tarde por Hermann de Carintia y por Gerardo de Cremona. Otros libros de geometría “especulativa” eran un supuesto comentario de Boecio a los *Elementos*, el *De quantitativibus datis* de Euclides o el *De triangulis* de Jordano de Nemora.

Frente a la geometría “especulativa” estaba la geometría “práctica”. Esto quiere decir que en esta época se estudiaba a Euclides para preparar el camino al estudio del *Almagesto* de Ptolomeo, igual que se encuentran obras dedicadas a los diversos tipos de cuadrantes, los cuales permitirían tomar las altitudes de los cuerpos celestes o de los edificios, y hacían posibles los cálculos de tiempos. También la geometría práctica se aplicaba a la estática y a la óptica.

En óptica no es sólo que se hicieran progresos en la Edad Media (también se hicieron, aunque en menor medida, en las otras ramas del *quadrivium*) sino que



estos se incorporaron a la enseñanza, lo que era raro en otros campos. Los estudios de Euclides, Ptolomeo y Alhajen (Ibn al-Haitham) sobre la reflexión y la refracción de la luz eran desconocidos en Occidente antes del siglo XIII, y la tradición enciclopédica poco podía decir sobre estos temas. Por eso todo el tema de la óptica fue renovado en el siglo XIII por Robert Grosseteste, el cual ya disponía de la *Óptica* y la *Catóptrica* de Euclides, la *Metereológica* de Aristóteles, *De Aspectibus* de al-Kindi, y, posiblemente, de la *Óptica* de Ptolomeo.

Aparte de los problemas metafísicos y físicos ligados a la óptica había una serie de problemas geométricos ligados a las reflexiones y refracciones, el color, el ojo y el arco iris. Grosseteste, en cuya metafísica y teología la luz desempeñaba un papel fundamental, tuvo una influencia muy grande en Oxford y en toda Europa, a través de la orden de los franciscanos a los que pertenecía. Roger Bacon desde luego estuvo bajo su influencia, así como John Pecham, que junto con Witelo, fueron quienes escribieron los libros básicos sobre el asunto, un producto destacado de la sabiduría universitaria del siglo XIII. Los dos textos de Pecham y Witelo continuaron usándose como libros de texto en la universidad hasta bien entrado el siglo XVII, pues fue tal el desarrollo de la óptica en el siglo XIII que poco pudieron aportar, a pesar de los desarrollos matemáticos, el siglo XIV y tiempos posteriores.

LA ASTRONOMÍA

Respecto a la cosmología habría que decir que un esquema simplificado de la visión aristotélica del universo era el centro de esta enseñanza. En cuanto al ya citado *Almagesto* de Ptolomeo habría que decir que rara vez se estudiaba de forma directa y que lo normal era que fuera substituido por introducciones-compendios como los de Alfraganus. El *Almagesto* se conoció en Europa Occidental a través de la traducción del árabe de Gerardo de Cremona de 1175, aunque se había hecho una traducción del griego unos 20 años antes. La obra de Alfraganus (un autor del siglo IX), conocida por varios títulos, entre ellos *Elementa*, se tradujo en 1135 por Juan de España y por el mismo Gerardo de Cremona antes del 1175. Los *Elementa* de Alfraganus tuvieron una influencia medieval directa mayor que la de su prototipo, el *Almagesto*, debido a que era el tipo de recopilación que los estudiantes podían entender, si bien con dificultades. Y sería substituida, en gran parte pero no en su totalidad, ya en el siglo XIII, por la obra de Juan de Sacrobosco *De Sphaera* (aunque había otras opciones, como una obra sobre el tema de Grosseteste o un *Almagestum abbreviatum* anónimo, más ambicioso que la obra de Sacrobosco).

El *De Sphaera* de Sacrobosco fue uno de los libros de texto más ampliamente utilizados en la Edad Media, y, debido a su simplicidad, era objeto de comenta-



rios como si se tratase de un texto sagrado. Hubo muchísimas ediciones del texto hasta el punto de que hoy en día se encuentran cientos de manuscritos repartidos por todas las bibliotecas europeas. La obra trata de la astronomía esférica y algo de la geografía correspondiente, pero apenas toca los movimientos planetarios, por lo que, para rellenar este vacío, se produjo un género de obras que llevaban el nombre genérico de *Theorica planetarum*. Varios autores escribieron obras bajo este título pero una *Theorica* anónima (que comienza “Circulus eccentricus vel egresse cuspidis”) fue la más difundida.

Esta *Theorica* anónima se ocupaba de los movimientos en longitud del Sol, la Luna, los nodos lunares y los planetas superiores e inferiores, así como de las excéntricas y los ecuantos de Ptolomeo, entre otras cosas. Su mérito residía en haber proporcionado un vocabulario astronómico bastante estable y sin ambigüedades, y daba al estudiante cierta comprensión de lo que hacía al calcular las posiciones de los planetas o cuestiones semejantes; a pesar de contener errores, la obra sobreviviría al sistema copernicano en las universidades, ancladas en el siglo XVII en un fuerte conservadurismo.

En cuanto al uso de los instrumentos astronómicos parece que era más un uso pedagógico que práctico o útil, al menos para los estudiantes.

Algo que hemos dejado de lado es hasta dónde estaba extendido el estudio y la práctica de la astrología (parece que con mucho mayor desarrollo que la magia o la geomancia). Seguramente muchos estudiosos se aplicaban a las ciencias del *quadrivium* para poderse dedicar a cuestiones astrológicas, las cuales necesitaban buena preparación matemática y astronómica. Parece que en lugares como España o Italia hubo un desarrollo temprano de estas cuestiones, y que en el resto de Europa este desarrollo fue más tardío, pero, ciertamente, había ciertas partes de la astrología, como la que tiene que ver con la relación entre sucesos astronómicos y sucesos históricos importantes, que eran algo aceptado de forma generalizada.

LAS FACULTADES DE MEDICINA

Los centros de educación médica universitaria importantes antes de 1500 fueron muy pocos. La avanzadilla de estos estudios médicos fue Salerno a partir de finales del siglo XI, y que declinó a principios del siglo XIII, teniendo para entonces un estatus parecido al de una universidad pero sin llegar a tal. Luego predominaron tres centros principales, que fueron Bolonia, Montpellier y París; y, más tarde, a lo largo del siglo XV (aunque ya existía desde el siglo XIII), la facultad de Padua llegó a tener, también, gran importancia.

Como hemos dicho, Salerno fue la pionera de muchas de las cosas que más tarde se desarrollarían en medicina en el Occidente medieval cristiano. Su privi-



legiada posición en el sur de Italia hizo que mantuviera contacto con la tradición griega, con sus libros y métodos, a la vez que tuvo contacto con los escritos médicos de la tradición musulmana. Además de escribir varias guías de práctica médica, los autores de Salerno del siglo XII y principios del XIII reunieron una colección-conocida luego como *articella*- de cortos tratados que contenían los rudimentos de la medicina de Hipócrates y Galeno, y que servían como currículum básico, usándose como textos para el comentario en las prácticas docentes².

La primera colección de estos textos comprendía dos tratados hipocráticos –los *Aforismos* y *Prognosis*–, un breve tratado de Galeno –llamado *Ars medica* o *Ars parva* o *Tegni* o *Microtechne*, que por todos estos nombres se le conocía–, una introducción árabe a la medicina galénica, conocida como *Isagoge* de Johannitius y breves folletos sobre los principales métodos de diagnóstico del médico medieval, esto es, el pulso y la orina. Aparte de reunir esta colección de textos, también estos autores asociaron la medicina con la filosofía natural, siendo los primeros autores latinos que reflejaban la influencia de Aristóteles.

Las tres facultades universitarias citadas arriba, Bolonia, Montpellier y París, tomaron el relevo de lo que fue la medicina “cultu” de Salerno a partir de principios del siglo XIII al hilo de la fundación de la primera oleada de universidades medievales.

Por eso en el tiempo en que se establecieron como *studia generalia* las facultades de medicina ya había un nutrido corpus de textos médicos traducidos al latín, comenzando por los que ya había traducido, en el siglo XI, Constantinus Africanus, y que se utilizaron en Salerno, y por los que se añadieron en el siglo siguiente traducidos del árabe por Gerardo de Cremona y su círculo, así como por las traducciones del griego de Burgundio de Pisa. Es decir, había circulando versiones latinas de más de cuarenta tratados bajo el nombre de Hipócrates y un conjunto de material considerable atribuido a Galeno, junto con la *Materia medica* de Dioscórides. De origen islámico se disponía del *Canon* de Avicena, enciclopedias médicas de Alí Abbas y de Rasis, así como de una obra de cirugía de Abulcasis.

Los tratados atribuidos a Hipócrates y a Galeno, junto con textos auténticos incluían gran cantidad de textos espurios, y, además, no solían ser usados directamente por los estudiantes, los cuales utilizaban tratados abreviados o aforísticos, compendios y enciclopedias de origen árabe. Además se originaban problemas de comprensión de vocabularios, por ejemplo, de farmacología o de tratamientos, que se traducían del griego o del árabe al latín, para lo que se recurría a libros auxiliares de *synonima* médicos.

² Véase sobre Salerno, y la medicina medieval en general, la conferencia *La Medicina medieval (1100-1500)* de Pedro García Barreno, de este mismo curso “Ciencia y Cultura en la Baja Edad Media”.



No obstante, los libros de texto básicos, utilizados para las *lecturas* regulares en las facultades universitarias, como en Bolonia y Montpellier, eran el breve compendio de Galeno ya citado, el *Ars parva*, los *Aforismos* de Hipócrates y algunas partes del *Canon* de Avicena: una sinopsis de fisiología, un tratado sobre fiebres, principios de enfermedades y tratamiento y otra parte referente a las enfermedades de la cabeza a los pies. Aunque a veces también se utilizaban en las *lecturas* algunos escritos de Rasis.

Aparte de estas lecturas, ordinarias u oficiales, había otro tipo de lecturas extraordinarias, que ya dependían más de la elección del maestro, y, por supuesto, de las cuestiones de práctica, que muchas veces fraguaban en la forma de un médico y un estudiante que hacía de aprendiz, asistente y potencial sucesor de su maestro; asimismo los estudiantes asistían a disecciones de cadáveres para aprender la anatomía de los órganos internos, aunque no para cuestiones de práctica quirúrgica. El plan de estudios variaba según épocas y lugares y podía ir desde tres años y medio a seis de estudios teóricos, con la participación estándar en lecturas y debates, y varios meses, seis u ocho, de prácticas, y la realización final de exámenes orales como en otras facultades. Desde luego, los estudios estaban orientados al ejercicio de la profesión por parte del futuro médico, con el prestigio reconocido de ser un médico graduado en una universidad, lo cual hacía que, por lo general, se lograra un puesto de trabajo con buenos honorarios.

La cirugía tenía un estatus diferente. En París los cirujanos estaban excluidos de la facultad de medicina, y había una gran rivalidad entre médicos y cirujanos. Sin embargo, en Bolonia y otros *studia* italianos se concedieron algunos títulos en cirugía, incluso se incluyó en los estatutos de la Universidad de Artes y Medicina de Bolonia en 1405 un currículum de libros de lectura de cirugía. Pero a pesar de los intentos de autores como Guy de Chauliac, el autor del más celebrado libro de cirugía latino de la Edad Media, de dotar a la cirugía del prestigio de ser una ciencia recurriendo a Galeno y su definición de terapia, en la Edad Media la cirugía raramente alcanzó esa consideración, y, normalmente, los médicos delegaban en los cirujanos este tipo de práctica manual no muy bien considerada.

Tampoco se sabe muy bien que cantidad de prácticas reales podían tener los estudiantes universitarios de cirugía, allí donde esta especialidad existía. Pues esto chocaba con el estudio libresco y de clases magistrales de la universidad medieval, donde incluso las prácticas eran, podíamos decir, prácticas teóricas, eran saberes **sobre** la práctica, plagados de cuestiones, objeciones o debates sobre lo que decían los diferentes autores o *autoridades*.

Habría que añadir que la astrología médica también era enseñada en la universidad, sobre todo en los siglos XIV y XV, aunque de forma muy desigual dependiendo de los lugares, y, sobre todo, de los maestros. Algunos le daban mucha importancia y otros tendían a dejarla de lado, pero no hay duda de que estaba



presente en toda la medicina medieval, universitaria o no. Y, en términos generales, conviene recordar que los médicos salidos de las universidades (que no eran todos los que estudiaban, pues sólo unos pocos se graduaban) eran una pequeña minoría, entre los siglos XIII y XV, de aquellos que se dedicaban a la curación. Proliferaban los sanadores de todo tipo, farmacéuticos, herboristas, comadronas o cirujanos-barberos, o aquellos que ofrecían curas milagrosas mediante remedios sobrenaturales.

No obstante, es cierto, de la misma forma, que había fuera de la universidad una clase de médicos o cirujanos, muchas veces organizados en gremios de artesanos, que eran letrados, es decir, que eran capaces de leer los libros médicos y también de producir obras relacionadas con la materia, aunque no tuvieran el prestigio de los médicos universitarios, los cuales se reservaban los cargos cercanos a los monarcas, la nobleza o las clases altas de la sociedad.

LAS FACULTADES DE LEYES

Se oye hablar de la Escuela de Leyes de Bolonia por primera vez a finales del siglo XI, cuando era probablemente una institución secular privada. Su facultad de leyes, la primera de Europa, iba a ser el prototipo y modelo de todas las demás hasta el final del Antiguo Régimen. En un principio Bolonia fue apoyada por el poder imperial –Federico I Barbarroja– que le concedió ciertos privilegios, pero más tarde el papado se interesó, por motivos doctrinales –la enseñanza del derecho canónico– y políticos, por los estudiantes y maestros de la ciudad –en 1219 se concede la posibilidad de otorgar la *licentia ubique docendi*–, en medio de las luchas municipales por el control de la universidad.

Las facultades italianas de leyes –siguiendo el modelo de Bolonia se crearon Padua, Pavía, Perugia, Siena– atrajeron siempre muchos estudiantes extranjeros. En Francia, por su parte, destacaron la facultades de Montpellier, Orleans, Toulouse y Avignon, que también atraían, después de Italia, a numerosos estudiantes de otras partes de Europa; en París tenía gran reputación el derecho canónico, único que se podía enseñar allí, pues se prohibió el derecho civil en 1219. En la Península Ibérica destacaron en leyes Salamanca, Lérida y Coimbra-Lisboa, pero sólo atraían a estudiantes peninsulares.

En Inglaterra en las escuelas de leyes de Londres (los *Inns of Court*), que no eran facultades universitarias, estaba prohibido enseñar derecho romano porque la ley vigente era la *common law*. En Oxford sí hubo facultades de leyes, pero la fundamental era la de derecho canónico, mientras que la de derecho civil era un mero complemento de la primera; no había restricciones para el estudio del derecho en Escocia, pero sus estudiantes iban, por regla general, a estudiar al Conti-



nente. También el derecho canónico fue lo básico en la enseñanza de leyes en el Sacro Imperio Romano en la Edad Media, en lugares como Praga, Viena, Heidelberg, Colonia, Erfurt, Leipzig, Würzburg, Rostock, Friburgo, Trieste, Tubinga, Maguncia, Lovaina o Basilea, que, habría que recordar, son todas, menos Praga y Viena, fundaciones universitarias del siglo XIV o XV; hasta aquí se desplazaban estudiantes escandinavos, de los Países Bajos o del Este europeo.

En las escuelas universitarias de derecho la lengua de estudio era, claro está, el latín, pero, a partir del siglo XIII, se empezaron a escribir importantes obras legales en lenguas vernáculas, con lo que los juristas utilizaban complementariamente ambas lenguas sin demasiado problema. Lo curioso es que se traducían muchos textos legales o comentarios a estas lenguas debido a la ignorancia del latín tanto del clero como de los seglares.

En todas la universidades se utilizaban como textos básicos unos pocos libros legales que se reunían en el llamado *Corpus iuris canonici* y en el *Corpus iuris civilis*.

El primero comprendía el *Decretum* de Graciano de mediados del siglo XII, que resumía la legislación del primer milenio de la Iglesia; las Decretales de Gregorio IX de 1234; el *Liber Sextus* del Papa Bonifacio VIII (1298); las Decretales Clementinas (con legislación de Clemente V desde 1305 en adelante y del Concilio de Viena de 1311-12), que se aprobarían como colección de derecho canónico por el Papa Juan XXII en 1317; las *Extravagantes Ioannis XXII* (1325); y las *Extravagantes Comunes* (1501, 1503), con legislación de otros papas medievales. Como se ve, es una mezcla de normas con varios siglos de antigüedad, pero aún en vigor, y normas nuevas, que se fueron incorporando poco a poco al *Corpus*, y que van de los siglos XII al XV.

Por su parte, el *Corpus iuris civilis* comprendía el derecho romano que había sido compilado por Justiniano en el primer tercio del siglo VI, y que incorporaba, claro está, leyes mucho más antiguas. Los juristas medievales dividían estas colecciones de leyes en: *Digestum*, *Codex*, *Institutiones* y *Novellae*; el primero, a su vez, estaba dividido en tres partes, y el código de Justiniano en otros dos, con sus nombres específicos; mientras que las *Novellae*, 134 constituciones imperiales que provenían del siglo VI, fueron reagrupadas por los medievales en varios textos. A lo anterior se añadió el comentario de las constituciones de los emperadores alemanes (*Libris o Consuetudines feudorum*), y también se añadieron, en este caso a los dos *Corpora*, colecciones del Papa Inocencio IV, y un cierto número de decretos y cartas papales concretas.

En conjunto estos textos legales, y sus comentarios, formaban el derecho romano-canónico (*ius commune*), es decir un cuerpo jurídico considerado válido en toda la Cristiandad medieval, aunque coexistiera con muchos estatutos y regulaciones locales que eran excepciones al mismo. Hasta el siglo XVII las universi-



dades enseñaron este derecho romano canónico, entendiéndose que capacitaba a sus conocedores para interpretar cualquier otro sistema legal peculiar de un reino, iglesia local o comunidad.

En cuanto a los comentarios que se hacían sobre los textos legales habría que decir que hubo tres escuelas distintas de comentaristas: los glosadores, la escuela de post-glosadores o *mos italicus* y la del *mos gallicus*. La primera escuela glosaba obras enteras palabra por palabra, buscando cada vez más el sentido del texto (de la ley) y la intención del legislador. En el siglo XIII hay varios autores que glosaron colecciones enteras de leyes escribiendo una cantidad monumental de comentarios a los textos.

Los post-glosadores se caracterizaban por utilizar los nuevos métodos aristotélicos o dialécticos, donde lo importante no era la autoridad sino el uso de la razón a la hora de interpretar las leyes; destacaron autores italianos de los siglos XIV y XV que más que glosas escribían tratado sobre un tema o sobre un conjunto de obras, contribuyendo a fundar, realmente, un sistema legal. El *mos gallicus* fue el nombre que se dio a la escuela de humanistas del derecho que adoptaron un método filológico e histórico en el estudio de las leyes. La escuela comenzó en Italia con autores como Petrarca, Filelfo, Maffeo Vegio, Lorenzo Valla, Angelo Poliziano, pero fueron autores franceses quienes la llevaron a sus más altas cotas.

LAS FACULTADES DE TEOLOGÍA

Como en el resto del sistema de enseñanza bajomedieval la teología estaba basada en “autoridades”, y en este caso la autoridad era la Biblia, pero ésta era demasiado incoherente doctrinalmente para servir sin más como libro de texto. Por eso durante toda la Edad Media se practicó la exégesis o interpretación de la Sagrada Escritura por parte de los Padres de la Iglesia y los monjes de los monasterios, en textos muy influyentes como pudieron ser el *De Doctrina Christiana* de San Agustín. Pero la forma de interpretar los textos bíblicos cambió en los siglos XI y, sobre todo, XII al introducir la lógica en la teología, e intentar, como hizo por vez primera Anselmo de Canterbury una síntesis entre razón y fe.

En esta época las escuelas catedralicias tenían ya más importancia que las monásticas como es el caso de la prestigiosa escuela de Anselmo de Laón, el cual fue el primero en inaugurar el género literario denominado *Libros de las Sentencias*, el cual consistía en hacer antologías de los padres de la Iglesia ordenadas por temas; pero en paralelo con esto se hacían *Glosas* o comentarios al texto bíblico mismo en donde se iban introduciendo *quaestiones*. En el siglo XII el uso de *quaestiones*, o cuestiones problemáticas, se intensificó y ya no se trataba tan sólo de distinguir en el texto bíblico los diferentes sentidos (el sentido literal o históri-



co, alegórico, tropológico o moral y anagógico o escatológico) sino de introducir a partir del texto sagrado discusiones teológicas en forma dialéctica. Esto está muy claro en la obra de Pedro Abelardo, discípulo de Anselmo de Laón, *Sic et non*, que trata de *solucionar* racionalmente las contradicciones de las fuentes bíblicas con métodos dialécticos, dando por supuesto, de entrada, que éstas no pueden estar equivocadas.

El uso de *quaestiones* en los comentarios bíblicos fue un paso decisivo hacia la teología escolástica, así, como decíamos, la recopilación de “Sentencias”, llevando la culminación de este proceso en el siglo XIII a las grandes *Summas*, como las de Santo Tomás de Aquino, una especie de enciclopedias sistemáticas del saber medieval. Precisamente serían las *Sentencias* de Pedro Lombardo, compuestas a mediados del siglo XII, el texto básico de la teología universitaria desde el siglo XIII hasta el final de la Edad Media. La obra consistía en un desarrollo de temas doctrinales centrales ordenados de la siguiente forma: Dios y la Trinidad (libro primero), la Creación (libro segundo), la encarnación y las virtudes (libro tercero) y los sacramentos y el Juicio Final (libros cuarto). El libro fue objeto de comentarios casi desde que se escribió, y fue reconocido como libro de texto por el Concilio Laterano en 1215.

La Facultad fundamental de Teología fue la de París, seguida de la de Oxford, las cuales tuvieron el privilegio (junto con Cambridge) de ser las únicas facultades de teología permitidas por el papado hasta mediados del siglo XIV. De alguna forma la facultad de París era la responsable de la doctrina oficial de la Iglesia, y los privilegios concedidos por los papas hacía que su enseñanza estuviera controlada, supervisada y rectificada mediante condenas si se creía conveniente. Oxford tenía más libertad en materias doctrinales y no hay evidencia de ninguna intervención en la enseñanza de los maestros de teología por parte de las autoridades de la Iglesia antes de 1277 (ni tan siquiera se limitó el número de cátedras, como sí se hizo en París).

Dado que hasta mediados del siglo XIV sólo las facultades de París, Oxford y Cambridge podían conceder títulos de teología, esta enseñanza se realizaba, en paralelo con las universidades, en los *studia* de las órdenes mendicantes, fundamentalmente Dominicos y Franciscanos (los cuales también controlaban la enseñanza en las universidades, dicho sea de paso), pero también Carmelitas y Agustinos. Estos *studia* hacían las veces de las facultades universitarias en Alemania, Francia y, sobre todo, Italia, además de estar estrechamente relacionados con las facultades allí donde existían.

De hecho, desde mediados del siglo XIII y hasta principios del siglo XIV hay una verdadera querrela entre regulares y seglares, pues los últimos, en cuanto maestros en las universidades se sienten discriminados por los mendicantes, debido a que los mendicantes (dominicos y franciscanos sobre todo) no se rigen por



los estatutos universitarios, pues no necesitan ser maestros en artes para estudiar teología (pues estudian éstas en su orden), no hacen caso a la huelga, pues se sienten ajenos a sus reivindicaciones, viven de la caridad cristiana y no necesitan ser pagados por los alumnos o las corporaciones, intentan orientar a sus alumnos hacia sus órdenes, acaparan las cátedras, etc. etc. Esta postura *anfibia* de los mendicantes, a caballo entre sus órdenes religiosas, con sus reglas y ordenanzas propias, y las universidades, con las suyas propias y su supuesta autonomía, llevó a esta confrontación que describimos, la cual acabaría en favor de los mendicantes, pues a los papas les interesa su lealtad y su control de la universidad frente a los seglares, lo que no quita que provocara fuertes enfrentamientos corporativos y doctrinales entre unos y otros durante bastantes décadas.

El otro hecho importante fue que el Gran Cisma que dividió a la Iglesia entre 1378 y 1418 provocó un éxodo de estudiantes alemanes de la Universidad de París –pues estos apoyaban al Papa romano Urbano VI y no al Papa de Avignon Clemente VII– que no sólo se fueron a otras universidades sino que fundaron algunas otras; las más beneficiadas por esta dispersión masiva de estudiantes fueron las de Viena, Heidelberg y Colonia.

El problema del desarrollo de la teología a lo largo del siglo XIII y primera mitad del XIV fue, como ya comentamos al hablar de la facultad de artes, la introducción de los escritos aristotélicos sobre filosofía natural. Se sucedieron varias condenas a lo largo del siglo XIII que culminaron en la condena de 219 proposiciones por parte del obispo de París Etienne Tempier en 1277, en donde se trataba de atajar toda doctrina heterodoxa relativa a doctrinas derivadas del averroísmo latino, ideas neoplatónicas u astrológicas, o simplemente ideas aristotélicas sin rectificar convenientemente en clave cristiana, incluyendo varias tesis defendidas por el propio Tomás de Aquino.

Esto no fue más que un punto culminante de la eterna discusión entre razón y fe, y hasta dónde la sola razón podía inmiscuirse en las ideas o dogmas de la doctrina cristiana o podía oponerse de alguna forma a lo enseñado en las Sagradas Escrituras. Estaba bien leer o utilizar a Aristóteles en todas las doctrinas lógicas, metafísicas, de filosofía natural o ético-políticas, pero siempre dentro de un marco de ideas cristianas, es decir, quitándoles todo aquello que pudiera ir contra la ortodoxia cristiana; no se podía utilizar el sistema de Aristóteles sin más, sacando todas sus consecuencias racionales, pues este Aristóteles integral era el de Siger de Brabante y otros, que introducía ideas que chocaban frontalmente contra las ideas cristianas y no podían ser toleradas. No se podía atacar la libertad u omnipotencia divina, la contingencia de la creación y lo que esto suponía, la providencia de Dios o la libertad humana, sin minar las bases de las creencias e ideas cristianas.



La filosofía, en el mejor de los casos, podía ser una ciencia independiente de la teología pero supeditada a ella; la razón no podía ir contra o más allá de la fe, y esos eran sus límites naturales. Los razonamientos estaban bien para justificar las verdades cristianas pero no para discutir las o ir contra ellas. La contaminación filosófica incontrolada de la teología por parte de la filosofía fue un debate zanjado a base de separaciones, límites o prohibiciones.

BIBLIOGRAFÍA

AGUADÉ NIETO, Santiago (Coordinador): *Universidad, Cultura y Sociedad en la Edad Media*, Universidad de Alcalá, Alcalá de Henares, 1994.

ARNALDI, Gilolano (a cura di): *Le origini dell' Università*, Il Mulino, Bologna, 1974.

BARCALA MUÑOZ, Andrés: "Las Universidades Españolas durante la Edad Media", *Anuario de Estudios Medievales*, 15, Barcelona, 1985, págs. 83-126.

BOWEN, James: *La Civilización de Europa, siglos VI-XII*, tomo II de la *Historia de la Educación Occidental*, ed. Herder, Barcelona, 1992, 3ª ed., (1975).

COBBAN, A. B.: *The Medieval Universities: their Development and Organization*, Londres, 1975.

DE RIDDER-SIMOENS, Hilde (ed.): *Las Universidades en la Edad Media*, vol. I de la *Historia de la Universidad en Europa*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1994 (1992).

GALINO, M.ª Ángeles: *Historia de la Educación. Edades Antigua y Media*, ed. Gredos, Madrid, 1973 (2ª ed.).

JIMÉNEZ, Alberto: *Historia de la Universidad Española*, Alianza, Madrid, 1971.

LE GOFF, Jacques: *Los intelectuales en la Edad Media*, Gedisa, 1986 (1957).

PILZ, Anders: *The World of Medieval Learning*, Basil Blackwell, Oxford, 1981.

RÁBADE, M.ª del Pilar: *Las Universidades en la Edad Media*, Arco Libros, Madrid, 1996.

VERGER, Jacques: *Les Universités au Moyen Âge*, Paris, P.U.F., 1973.

VERGER, Jacques: *Gentes del Saber en la Europa de finales de la Edad Media*, Ed. Complutense, Madrid, 1999 (1997).

WIERUSZOWSKI, Helene: *The Medieval University: Masters, Students, Learning*, VanNostrand Reinhold, New York, 1966.



BIBLIOGRAFÍA SECUNDARIA

- AA.VV.: *La España de Alfonso X*, Cuadernos Historia 16, 81, Información e Historia, Madrid, 1997.
- ASENJO GONZÁLEZ, M.^a: *Las ciudades en el Occidente Medieval*, Arco Libros, Madrid, 1996.
- BABINI, José: *La ciencia en la alta Edad Media*, C.E. América Latina, Buenos Aires, 1968.
- CANTERA MONTENEGRO, M. y CANTERA MONTENEGRO, S.: *Las Órdenes Religiosas en la Iglesia Medieval*, Arco Libros, Madrid, 1998.
- CROMBIE, A. C.: *Historia de la Ciencia: de San Agustín a Galileo*, Alianza, Madrid, 1979.
- DE LIBERA, Alain: *Pensar en la Edad Media*, Antropos, Barcelona, 2000 (1991).
- DÍAZ IBAÑEZ, Jorge: *La organización institucional de la Iglesia en la Edad Media*, Arco Libros, 1998.
- FOZ, Clara: *El traductor, la Iglesia y el rey. La traducción en España en los siglos XII y XIII*, Gedisa, Barcelona, 2000 (1998).
- GRANT, Edward: *The Foundations of Modern Science in the Middle Ages*, Cambridge U. P., Cambridge, 1996.
- GRANT, Edward (ed.): *A Source Book in Medieval Science*, Harvard U.P., Cambridge (Mass.), 1974.
- MIELI, Aldo: *Panorama General de Historia de la Ciencia. La época medieval. Mundo islámico y Occidente cristiano*, Espasa Calpe, Buenos Aires, 1952.
- NIETO SORIA, José Manuel: *El pontificado Medieval*, Arco Libros, Madrid, 1996.
- PARAIN, Brice (dir.): *La Filosofía Medieval en Occidente*, vol. 4 de la *Historia de la Filosofía*, Siglo XXI, México, 1996 (1969).
- RÁBADE ROMEO, Sergio: *Los Renacimientos de la Filosofía Medieval*, Arco Libros, 1997.
- TATON, René (dir.): *La Edad Media*, t. 3 de la *Historia General de las Ciencias*, Orbis, Barcelona, 1988.